

LA CRÓNICA

# La jovencita

ARCADI ESPADA

La señora Antònia Macià empezó a vivir el 10 de junio de 1988. Hasta ese momento, había vivido a través de persona interpuesta: a través de la alta y dominante persona de Josep Tarradellas i Joan, presidente que fue de la Generalitat de Cataluña y que hubo de morir aquella primavera. Hasta esa muerte, y desde sus 14 tempranos años, la señora Macià tuvo un objetivo crucial, casi único en la vida: sostener la cotidianidad familiar de uno de los políticos más absolutos que haya dado Cataluña, un hombre que lo sometió todo, esposa incluida, a su voluntad de torcer el destino aparente de la historia. Los años de la señora Macià, por los que han pasado tres guerras y un exilio muy largo, fueron muy opacos y nada fáciles. Tuvo que cuidar de una hija con serios problemas mentales y tuvo que decir siempre que sí. Siempre que sí, paradójicamente, a un hombre que había establecido como valor supremo de la política —o sea, de la vida, de su vida— la capacidad de decir que no. Cuando ese hombre murió, su viuda levantó la cabeza y miró el mundo. El mundo no presentaba mal aspecto: tenía salud, fuerza almacenada, ningún problema económico —eso era también una gran novedad— y un grupo de amigos y familiares que la querían. Y tenía, sobre todo, una razón fundamental que habría de mantenerla activa: defender la memoria de su marido. Alguien puede pensar que eso, en realidad, era la última orden que Josep Tarradellas había dispuesto y que, por tanto, la dulce tiranía continuaba. Sin embargo, es muy dudoso que esa orden existiera: Tarradellas tenía sobre las mujeres —y

sobre su mujer también— una opinión muy descrita en los manuales y que no precisa, así, de mayores precisiones. Yo creo, así, que ese trabajo se lo impuso ella en pleno ejercicio de su soberanía recién nacida. Y que si el viejo tozudo ahora la viera, se pellizcaría: "Antònia, Antònia, però què fas, Antònia...?". Y es que Antònia lleva seis años sosteniendo la bandera del tarradellismo, aventurándose con agilidad en los abismos de la política y diciendo, en público o en privado, lo que le parece sobre este país y sobre los que en él mandan.

Por tanto, sus seis años de vida propia, más allá de la apariencia de los documentos, son la razón de que la señora Macià mantenga la juventud en el rostro y una imbatibilidad de ánimo por completo adolescente. Según los documentos, el pasado miércoles cumplió 90 años, pero todos los que se reunieron con ella al atardecer en la fiesta sorpresa del Orfeó Gracienc sabían perfectamente que los documentos son una convención huera. Estaban Ortínez y Bricall y Castellet; estaban Cañellas y Guardans y Helena Cambó; estaban Romà Planas y el gobernador Navarro, y estaba Lluís Reverter. Y estaba, sobre todo, la gente del Orfeó. También el Orfeó cumple este año sus 90. El 15 de mayo de 1904 se fundó, como recordaba su presidente, Jordi Canals, al dar —sobriamente, con las palabras justas— la bienvenida a la señora. Antònia Macià fue un día una de esas muchachas que han cantado los hermosos vals de amor de Brahms. Entró de niña en el Orfeó y a los 14 años el alto Josep la capturó. Contaba Canals que cuando los dos volvieron del



CONSUELO BALTIESTA

Antònia Macià, junto a su hijo Josep, a la izquierda, en el homenaje del martes en el Orfeó Gracienc.

exilio cumplieron inmediatamente la promesa epistolar de rendir visita al lugar donde se conocieron. Y que, al entrar en la sede, quedaron 10 minutos en puro pasmo. Ni la sede era la misma, ni los jóvenes eran aquellos que habían conocido: duro e inexorable pasmo del exilio.

En el Orfeó, nadie de la Generalitat. Ni a título personal, ni a título institucional. Nadie del mundo dominante. Por no hacer, ni siquiera han enviado un tarjetón a su domicilio. Aparentemente, la señora

Macià parece ofendida. Se extraña, incluso, de que el propio presidente del Parlament, Joaquim Xicoy, haya sucumbido a la indelicadeza. Pero mientras describe su asombro, creo descubrir en el fondo de sus ojos pequeños una luz de malicia: sabe que esa estúpida guerra de gestos es un exilir de juventud. Y sabe, sobre todo, que los honores a *contracor* suelen ser póstumos. Mientras hay guerra hay esperanza, opina, sin disimularlo apenas, la jovencita.